

## Introducción

Al examinar los elementos doctrinales presentes en los diarios de Pierina Gilli, Monseñor Galbiati, eminente biblista, escribió que la Virgen María se presentó como la Inmaculada, María de la Gracia, madre de Jesús y madre del Cuerpo Místico, la Iglesia:

2) 3.10.1976, IV, p. 159. Autopresentación de María: «Soy la Inmaculada Concepción. Soy la Madre de mi divino Hijo Jesucristo. Soy María de la Gracia, Madre del Cuerpo Místico, la Iglesia; con huestes de ángeles fui asunta al Cielo [...], y ahora, como Madre Mediadora, sigo siendo dispensadora de gracias para ustedes, hijos míos».

Esta presentación alude a la corredención y a la mediación mariana en la obra redentora de Cristo:

3) 13.1.1951, II, p. 89. Se describe una visión simbólica con tres frases en mayúsculas brillantes: «*Fiat* de la Creación; *Fiat* de la Redención; María de la Corredención». Una voz explica estas palabras: «El *Fiat* pronunciado por María ante la invitación del ángel para convertirse en Madre de Dios y Madre de todos los hombres se compara con el *Fiat* de la Creación, porque fue su *Fiat* el que recibió todas las gracias de Dios Padre». Sabemos que el título de corredentora es controvertido, como posible fuente de malentendidos. Pero en este contexto, solo significa que el *Fiat* de María se encuentra entre las causas de la Encarnación y, por lo tanto, de la Redención.

4) El concepto de que su intercesión detuvo el inminente castigo divino aparece varias veces en los mensajes de Nuestra Señora. Esta forma de expresarse no es popular en la sensibilidad moderna, pero es tradicional, puede basarse en las Escrituras (la intercesión de Abraham por Sodoma, Génesis 18:22-32) y propone en términos antropomórficos (la ira de Dios, como en la Carta a los Romanos) una realidad indeleble. Ejemplos: 22/10/1947, I, p. 145: «Me pongo como mediadora entre los hombres, especialmente las almas religiosas, y mi divino Hijo, quien, cansado de las continuas ofensas que recibía, quiso ejercer su justicia»; 16/11/1947, I, p. 163: «Quisiera enviar un torrente de castigos. Intervene para que aún tuviera misericordia, por lo que pido oración y penitencia en reparación por estos pecados». Y aquí vemos que María no quiere ser la única en interceder; y esta es la razón de sus apariciones en la tierra. Esto aparece claramente expresado el 6 de agosto de 1966 (IV p. 3): «Desde mi ascensión al Cielo, siempre he actuado como mediadora entre mi divino Hijo Jesucristo y toda la humanidad. ¡Cuántos favores! ¡Cuántos castigos he impedido! ¡Cuántas conversaciones he tenido con las almas! ¡Cuántas visitas más he hecho a la tierra para traer mensajes!».

Finalmente, la Virgen María se presenta con un título que resume todos los anteriores y los interpreta de una manera única y nueva: Rosa Mística, que se convierte en el título principal con el que se conoce esta aparición mariana y que la caracteriza en todo el mundo.

5) La explicación dada para el título "Rosa Mística" contiene una interesante visión teológica: 20 de febrero de 1953, II, p. 252. Voz del Crucifijo: «No han comprendido el gran e importante significado del nombre. 'Rosa' significa 'cuerpo'; 'mística', 'místico', es decir, 'Cuerpo Místico de la Iglesia', porque es mi Madre. Luego María de la gracia —es decir, a ella le he dado el poder de dispensar todas las gracias, porque con su amor maternal todo lo obtiene de mí— y para ello la envié a Montichiari». La teología moderna insiste en que María es el icono escatológico de la Iglesia, es decir, del Cuerpo Místico. La rosa, única a pesar de sus numerosos pétalos, simboliza la unidad en la multiplicidad del Cuerpo Místico. Pienso en la "rosa" que Dante contempló en el Paraíso.

En este artículo, quisiera profundizar en esta singular presentación que Nuestra Señora ofrece de sí misma y de la misión que desempeña en la Iglesia. Afirmo que también aporta una nueva devoción a partir del significado eclesiológico de su esencia: Rosa Mística, Madre de la Iglesia.

Según la Mariofanía de Montichiari son títulos interconectados que pueden explicarse considerando también el misterio de su Inmaculada Concepción, que la convierte en María de la Gracia.

## 1. Rosa Mística

En la primera aparición de Nuestra Señora a Pierina, el 13 de julio de 1947, María dice: «Soy la Madre de Jesús y la Madre de todos ustedes». En esta aparición, tiene espadas clavadas en el pecho y revela también otra interesante perspectiva de la espiritualidad cordimariana, también revelada en Fátima, como ella misma diría más tarde.

Pierina escribió en su diario que la Santísima Virgen le dijo: «Nuestro Señor me envía a traer una nueva devoción mariana a todos los institutos y congregaciones religiosas, tanto masculinas como femeninas, y también a los sacerdotes seculares». Añadió: «Dirás a los Reverendos Superiores que el título de la nueva devoción a la Virgen María es Rosa Mística, la verdadera Virgen de las almas religiosas».

Durante la aparición del 20 de febrero de 1953, Jesús mismo explicó el significado del nombre Rosa Mística, que Pierina, por consejo de varios sacerdotes, atribuyó a las Letanías Lauretanas:

¡Ah! No es solo por eso; quiero decir, no han comprendido el gran e importante significado del Nombre. (Aquí hizo que su voz sonara como si lo deletreara). " Rosa significa cuerpo. Mística, místico, es decir... ¡el Cuerpo místico de la Iglesia! Porque ella es mi Madre. Luego, María de la gracia, es decir, le di el poder de dispensar todas las gracias, porque con su amor maternal todo lo obtiene de Mí, y para ello la envié a Montichiari para darla a conocer mediante la interpretación del Cuerpo Místico y Mediadora de la reconciliación de la pobre humanidad conmigo. Sí, esto sucederá."

Sin embargo, la explicación más completa es del 22 de julio de 1973.

La vidente se atrevió a preguntar a la Madre celestial por qué se había manifestado como la "Rosa Mística" y qué significaba ese nombre. La Santísima Virgen respondió: «La Rosa Mística no contiene nada nuevo en sí misma. Me llamaron Rosa Mística en el momento en que mi divino Hijo Jesús se hizo hombre. La Rosa Mística simboliza el *Fiat* de la redención y el *Fiat* de mi colaboración. Soy la Inmaculada Concepción, la Madre de Jesús el Señor, la Madre de la gracia, la Madre del Cuerpo Místico: ¡la Iglesia! Por eso mi divino Hijo me invitó a venir a Montichiari en 1947, y vine entonces, poniendo mis pies en el centro de la catedral, entre tantos de mis hijos [...] y esto para demostrar que soy la Madre del Cuerpo Místico, la Iglesia. Eso, entonces, fue solo una advertencia y una invitación a la oración dirigida a todos mis hijos. Penitencia [...], expiación, dije en aquellos días, porque se avecinaban tiempos oscuros, llenos de ateísmo y de debilitamiento del amor hacia el Señor y hacia esta Madre vuestra».

Pierina añadió:

"Mientras la Madre celestial pronunciaba estas palabras, sus ojos se llenaron de lágrimas. Luego añadió: "¡La gracia del Señor y su infinita misericordia para la Iglesia harán florecer de nuevo la Rosa Mística! Y si se atiende a esta invitación maternal, Montichiari será el lugar desde donde la luz mística irradiará por todo el mundo. ¡Sí, todo esto se hará realidad!"

El título Rosa Mística tiene raíces antiguas, más allá de las Letanías Lauretanas, y por lo tanto no es ajeno a la tradición cristiana. En la Biblia, el término "rosa" se encuentra en Sabiduría 2,7 y Si 50,8. La rosa es el símbolo de la primavera. Pero sobre todo, en el Cantar de los Cantares encontramos el simbolismo del jardín cerrado, de las flores que adornan a la novia, incluida la rosa, que siempre se han interpretado en sentido mariano.

El novio contempla a su amada y canta: «Eres un jardín cerrado, hermana mía, esposa mía, un jardín cerrado, una fuente sellada» (Cantar de los Cantares 4,12). El símbolo del «jardín cerrado» se ha interpretado en la tradición cristiana como: **Exclusividad del amor:** En el contexto original del Cantar de los Cantares, la expresión «jardín cerrado» es una alabanza del novio a la novia, que indica la intimidad exclusiva y celosa de su amor.

**Fertilidad y pureza:** La imagen del jardín evoca fertilidad, pero un jardín cerrado es también un lugar inviolado y virginal.

Existe también una aplicación mariana, explícitamente atestiguada en los Padres, especialmente en San Ambrosio. Desde esta perspectiva, el simbolismo del jardín cerrado alude a la **Virginidad de María:** A lo largo de los siglos, la Iglesia ha interpretado esta imagen como una referencia a María, enfatizando su virginidad antes, durante y después del parto. Intimidad con Dios: El "jardín cerrado" de María es también su mundo interior, el lugar de sus pensamientos, de sus secretos y de su relación profunda con Dios.

**Obra del Espíritu Santo:** San Luis M. Grignon de Montfort y otros afirman que el acceso al "jardín cerrado" de María, entendido como el misterio de su vida espiritual, es un don del Espíritu Santo. Es un don que revela una intimidad única entre María y Dios, un misterio "revelado a los pequeños". La escuela carmelita también interpreta el simbolismo como flos carmeli, que significa que María es la flor más hermosa de este jardín, traducido como Carmelo.

San Juan Damasceno saluda a la Santísima Virgen con:

Salve, jardín cerrado, cuya fragancia es el dulce aroma del campo fértil, bendecida por el mismo Señor del que eres madre. Salve, rosa inmortal, siempre fragante, tu aroma ha seducido tanto al Señor que vino a descansar en ti; Habiéndose convertido en flor y él mismo en tu pecho, ha perfumado el mundo..

San Bernardo dice que María es este jardín cerrado donde solo el esposo puede entrar, como en su paraíso de delicias. En este jardín místico florecen las flores más hermosas, entre otras, violetas, lirios y rosas fragantes. Tú eres el jardín cerrado, María, Madre de Dios, pero el pecado ha usado allí su mano sacrílega, robando una sola de sus flores. Tú eres el macizo fragante, donde el perfumista celestial ha reunido todos los aromas de la santidad, donde se deleita en hacer florecer las flores más hermosas de cada virtud. Entre estas flores celestiales, hay tres que nosotros, por encima de todas, admiramos, y cuya fragancia embalsama toda la casa del Señor: son las violetas de nuestra humildad; son los lirios de nuestra castidad; son las rosas de nuestro amor. Oh, bienaventurado el cristiano que se esfuerza por imitar estas tres virtudes de María. Son ellas quienes hicieron de la Santísima Virgen Madre de Dios, Madre del Maestro de todas las virtudes, como atestigua también San Bernardo cuando dice: la Virgen, ya llena de gracias, encontró una gracia nueva ante Dios: con el fervor de su amor, con la perfección de su virginidad, con su profunda humildad, se hizo madre permaneciendo virgen: trajo a su Jesús al mundo sin dolores de parto.<sup>1</sup>

Honorio de Autun, fallecido alrededor de 1160, instó a que toda su interpretación "eclesial" del Cántico se trasladara a una perspectiva mariana: "Dado que María misma constituye el tipo de la Iglesia, todo lo que se dice de la Iglesia puede decirse igualmente de la Virgen misma como esposa y madre del Esposo".

La Inmaculada Concepción se vislumbra en 4,7: "¡Toda eres hermosa, compañera mía, no hay defecto en ti!", que se convirtió en el famoso *Tota pulchra es, Maria, et macula non est in te*. María es invocada en las Letanías de Lareto como la *turris davidica*, basada en 4,4 ("Tu cuello es como la torre de David").

La Asunción de María se ve en la pregunta de 8,5: "¿Quién es esta que sube del desierto, apoyada en su amado?" O en la súplica del novio en 2,10.13: "¡Levántate, compañera mía, hermosa mía, y ven!". La coronación de María como reina, sin embargo, se descubre en el texto de la Vulgata de 4:8: «*Veni de Libano, sponsa, veni de Libano, coronaberis*» («Ven del Líbano, esposa, ven del Líbano y serás coronada»; el original hebreo no contiene esta mención de la coronación).

María es celebrada como Reina del Cielo basándose en la pregunta retórica de 6:10: "¿Quién es ésta que aparece como la aurora, hermosa como la luna blanca, brillante como el sol abrasador, imponente como estandartes en todo su esplendor?".

Las virtudes de María se reflejan en los símbolos que describen a la Sulamita, la protagonista simbólica del Cantar de los Cantares. Así, la pureza y la virginidad de María se exaltan mediante la imagen del *hortus conclusus*, el "jardín cerrado", y su fuente sellada (4:12), mediante la torre de marfil con la que se compara el cuello de la novia (7:5; el marfil se consideraba símbolo de castidad), mediante la Torre de David, "construida en capas perfectas, de la que cuelgan mil escudos" (4:4), mediante la imagen del lirio entre las espinas (2:2). El jardín «paradisíaco» de 4,12-5,1 con sus diez especies de plantas balsámicas se convierte en un compendio de todas las virtudes de María, como lo es también el granado, fruto particularmente querido en el Cántico porque es signo de fecundidad y de amor.

La humildad brilla en la declaración: «Soy un narciso de la llanura, un lirio de los valles» (2,1). Que María es la madre de Cristo Eucarístico se evidencia en 7,3, donde se describe el vientre de la mujer como «un montón de trigo orlado de lirios» y se hace referencia anteriormente a la «copa de vino mezclado». Pero también se cita a veces 1,14: «Mi amado es para mí un racimo de alheña de las viñas de Engeddi». El coro de la mujer en el *Cantar de los Cantares* se convierte en el coro de las vírgenes que rodean a María (1,3), quienes a su vez son esposas de Cristo.

En la actualidad, encontramos diversos testimonios de este simbolismo. Por ejemplo, San John Henry Newman, futuro Doctor de la Iglesia, escribió un libro muy interesante titulado *Rosa Mística*. Tras abordar la cuestión de la Inmaculada Concepción, demostrando la realidad del dogma con referencia a los escritos de los Padres de la Iglesia y San Agustín, destaca la comparación entre Eva y María, explicando cómo María pudo reconciliar al mundo con Dios mediante su humildad y obediencia.

La cuestión de la mediación mariana es muy interesante, ya que, especialmente después de la Asunción, adquiere gran influencia en la vida de la Iglesia.

Newman escribe:

Si, como dice San Ireneo, María ejerció el papel de abogada, de amiga en la necesidad, incluso en su vida mortal; si, como dicen San Jerónimo y San Ambrosio, fue en este mundo el gran modelo de virginidad; si tuvo parte de mérito en la obra de nuestra redención; si su maternidad fue también una recompensa por su fe y su obediencia; si su divino Hijo

se sometió a ella y si estuvo al pie de la cruz con corazón de madre, bebiendo hasta la última gota del cáliz de los sufrimientos que estaba destinada a soportar, es imposible no asociar estas características de su vida terrena con la bienaventuranza que ahora disfruta en el cielo; y ciertamente ella anticipó esto cuando dijo que todas las generaciones la llamarían bienaventurada.<sup>2</sup>

Refiriéndose al pasaje de *Apocalipsis* 12, 1 dice que la visión de la mujer habla de la dignidad de la Virgen como realidad doctrinal:

La Virgen con el niño no es ciertamente una simple imagen moderna, sino que se representa con frecuencia en las pinturas de las catacumbas de Roma. María aparece sosteniendo a su divino Hijo en su regazo, con las manos en oración mientras él bendice. Ninguna representación puede expresar con mayor claridad la doctrina de la alta dignidad de María y su influencia sobre su hijo, pues el recuerdo del tiempo en que él estuvo sujeto a ella debió ser muypreciado para los cristianos y tan cuidadosamente preservado<sup>3</sup>.

Newman afirma que bajo la imagen de la mujer en la visión del apóstol Juan se encuentran tanto la Iglesia como la Virgen María, exaltada en los cielos y objeto de veneración para todos los fieles.

Nadie duda —escribe— de que el hijo varón sea una alusión a nuestro Señor: ¿por qué entonces la mujer no puede ser una alusión a su madre? Este es, sin duda, el significado obvio de las palabras citadas; naturalmente, también tienen otro significado específico de esta imagen; sin duda, el hijo representa a los hijos de la Iglesia y sin duda la mujer representa a la Iglesia; pero el significado simbólico es precisamente el de la madre y el hijo que, luchando contra la serpiente, como en Génesis 3:15, o contra el dragón, como en el Apocalipsis, muestran con precisión el papel de María como madre de Dios y madre de la Iglesia<sup>4</sup>.

Hablando de la rosa mística, Newmann pregunta:

¿Cómo se convirtió María en la Rosa Mística, la delicada, perfecta y escogida flor de la creación espiritual de Dios? Porque ella encontró vida, alimento y protección en el jardín místico que es el paraíso de Dios. La Escritura usa la imagen de un jardín al hablar del cielo y sus benditos habitantes. ¿Es un jardín un lugar apartado para árboles y plantas, todos hermosos y variados, para cosas agradables al paladar o fragantes al olfato, agradables a la vista o útiles para nutrirse? De igual manera, en sentido espiritual, un jardín significa la morada donde los espíritus benditos y las almas santas conviven, dando flores y frutos cultivados bajo el amoroso cuidado de Dios, flores y frutos de la gracia, flores más hermosas y fragantes que cualquier flor de nuestros jardines; frutos más deliciosos y exquisitos que los cultivados por cualquier jardinero en este mundo<sup>5</sup>.

María es la flor más hermosa que jamás haya florecido en el mundo espiritual. Es por el poder de la gracia divina que de esta tierra árida y desolada pudieron brotar flores de santidad y gloria, y María es su reina. Ella es la reina de las flores espirituales; y por eso se llama rosa, porque la rosa es considerada con razón la más bella de todas las flores, pero esta rosa también es llamada mística u oculta<sup>6</sup>.

En la Mariofanía de Montichiari, el título de «rosa mística» adquiere un significado expresamente eclesiológico, pues, como se desprende de la primera aparición de María y de la explicación que la propia Virgen ofrece en la aparición del 22 de julio de 1973, el significado del título de «Rosa Mística» es precisamente la inclusión de María en el misterio de la redención. María es llamada «Rosa Mística» en el mismo momento de la Encarnación. Por lo tanto, se trata de una explicación teológico-simbólica de lo que sucede en María cuando pronuncia su *Fiat* y se adhiere así al plan de Dios, que de hecho genera al Verbo Encarnado en su naturaleza humana. María dice: la Rosa Mística simboliza el *Fiat* de la redención, el *Fiat* de su colaboración en este plan de salvación, pero esta participación suya se interpreta precisamente desde el punto de vista de su esencia inmaculada, y por tanto está conectada con el *Fiat* de la Creación, ya que con la creación de María se renueva la humanidad, caída en Adán y Eva, y volvemos a la integridad de la naturaleza humana, intacta e inviolada, toda santa y toda bella, antes del pecado original.

La Rosa Mística significa que, al convertirse en la Madre de Dios, la Virgen Madre se revela como la flor más hermosa de la redención. Esta imagen encierra el misterio de su Inmaculada Concepción, por la cual María fue preparada desde el primer momento de su concepción para convertirse en la Madre del Redentor y veremos entonces con mayor claridad en la otra definición que da: «Soy María de la gracia», cómo ella es verdaderamente una criatura enteramente generada

por la gracia y experimentada como el fruto maravilloso del poder redentor de Cristo, quien realizó grandes cosas en ella.

Así pues, la esencia de María es precisamente la Inmaculada Concepción, y en las apariciones de Montichiari, esto se resalta nuevamente por la Virgen misma en su aparición con un manto blanco. Esto expresa verdaderamente su pureza y su esencia, que es el triunfo de la gracia. No sólo eso, sino que esto sirvió para prepararla para convertirse en madre de Jesús y, por tanto, madre de la gracia, como todavía dice en la aparición del 22 de julio de 1973. De ahí el significado eclesiológico de la Mariofanía de Montichiari, que muestra el desarrollo teológico de la condición de María al inicio de su existencia como Inmaculada hasta convertirse en Rosa Mística, porque esta flor de la gracia florece cuando produce el Verbo encarnado.

Gracias a su *Fiat*, que une creación y redención, María participa en la obra salvífica de Cristo, que, con la Encarnación, también da origen a la Iglesia. Y se convierte en madre del cuerpo místico, pues es la mística rosa. Nos encontramos con la misma expresión de san Agustín, también recogida en *Lumen Gentium*, que destaca cómo María, al dar a luz a Cristo por la fe, también dio a luz el cuerpo místico de Cristo, lo que Agustín llama el *Christus totus*. Además, la Virgen María se convierte también en madre de la gracia, otro título bien conocido en la tradición cristiana desde la época patristica, por el cual se la constituye en mediadora de la gracia como madre de Dios.

Por lo tanto, María es la madre del cuerpo místico que es la Iglesia. Y, por lo tanto, es la madre de la gracia. Es decir, es el canal o mediadora de la gracia de Cristo, pues trajo al Redentor al mundo; fue el camino por el cual Cristo vino al mundo. Y, por lo tanto, es la imagen más hermosa de la Iglesia. Incluso san Francisco de Asís, en su famosa oración a la Virgen, en su lección de latín, define a María como *Virgo ecclesia facta*.

¿Qué significa esto? Que en el momento del *Fiat*, gracias precisamente a este «sí», que hace a María partícipe de la redención tanto a nivel de criatura como de humano, la Virgen Madre de Dios se convierte en la Iglesia; es decir, toda la realidad de la Iglesia está presente en embrión: de hecho, existe la Trinidad, como se explica en el pasaje de Lucas de la Anunciación: el Padre la cubre con su sombra, el Espíritu desciende sobre ella y el Verbo es concebido en ella según la carne. Y está la humanidad, representada por María, que acoge la Palabra precisamente con su *Fiat*, pronunciada en nombre de toda la humanidad. Así pues, está la Iglesia, aunque solo esté en embrión.

Y aquí también encontramos el significado más profundo de la Inmaculada Concepción, como podemos contemplar en un hermoso fresco de Fra Angélico conservado en el Museo del Prado de Madrid.

En el momento de la Encarnación, precisamente por la aceptación del plan de Dios, anunciado por el ángel Gabriel, María, con su sí —llena de amor, humildad, fe y virginidad, nacida de su Inmaculada Concepción— reconcilia al mundo con Dios y repara así la negativa de Eva. En el fresco, a un lado, vemos a Adán y Eva expulsados del Jardín del Edén y el plan naciente de Dios, bloqueado por la negativa de la criatura. Sin embargo, este plan, simbolizado por un rayo de luz, continúa, atraviesa los siglos y finalmente se posa en María, quien se convierte en el emblema de la nueva creación, el emblema de un mundo reconciliado, un mundo redimido, un mundo transfigurado por la gracia.

Y también vemos la obra del Espíritu Santo descendiendo sobre ella y la presencia del Verbo que se encarna en ella y que entonces completará la obra de la redención en la cruz y con la resurrección. Pero, precisamente, según la teología franciscana, la Inmaculada Concepción ya representa el triunfo de la redención, porque es una redención preservadora, que anticipa la hora de la redención para la humanidad en vista de la misión singular de María de ser Madre de Dios. Así, en ella, podemos contemplar verdaderamente el desarrollo de la vida de la Iglesia; podemos contemplar en su persona todo lo que la Iglesia está llamada a ser a través de sus miembros, que son precisamente el cuerpo místico de Cristo. Aquí está la Rosa Mística.

Aquí viene la otra explicación dada en las Mariofanías de Montichiari, esta vez por el mismo Jesús, sobre el título teológico de la Rosa Mística. A Pierina, quien, por sugerencia de otros, creía que este título ya era conocido, como en las Letanías de Loreto, Jesús le dice: «No, ese no es su verdadero significado.». Pero el significado de este nombre es grande e importante, y aquí, pues, hay una revelación especial, porque rosa significa cuerpo. Me he preguntado mucho qué significa rosa; luego pensé, pero honestamente, todavía no puedo decir si esta es la interpretación correcta, dado que la rosa está hecha de muchos pétalos, y Rosanna Brichetti Messori también lo dice en su comentario al libro de Galbiati, ella representa a la Iglesia como un cuerpo místico, porque el cuerpo está formado por muchos miembros, unidos, sin embargo, como si fuera una sola persona.

Y en este sentido nos encontramos con la teología del cuerpo de Pablo, desarrollada precisamente en la Segunda Carta a los Corintios, donde Pablo explica que la Iglesia es como un cuerpo, el cuerpo humano compuesto de muchos miembros, y por lo tanto cada uno tiene su propio ministerio o carisma, es decir, su vocación particular dentro de la estructura eclesial. Y esto también explica el valor del “sí” de María a nivel eclesiológico, como afirman todos los grandes mariólogos, desde von Baltasar hasta Ratzinger, pasando por Laurentin, etc. Es decir, María, en el momento en que pronuncia su “sí”, se convierte en el prototipo de la Iglesia.

E inaugura la participación de todo el cuerpo místico en un sentido ministerial, o más bien constitutivo, en la vida de la Iglesia, obviamente vinculada a Cristo, su cabeza, de quien emana la gracia santificante que une a todos como los sarmientos a la vid. María se convierte en madre del cuerpo místico porque es madre de Cristo y madre de Dios. Así, la Rosa Mística significa la imagen más hermosa de la Iglesia, manifestando el misterio de la gracia y, al mismo tiempo, también la participación de la humanidad en el plan redentor de Cristo. De esta manera, se revive el significado bíblico de la rosa como modelo de amor, pues, de hecho, en la Segunda Carta a los Corintios, capítulo catorce, después de hablar de los carismas que enriquecen la vida del cuerpo místico, San Pablo dice: «Les mostraré el don más grande, que es el amor, que une a todos los miembros con la fe en Cristo y, por supuesto, con la esperanza».

Así pues, la Rosa Mística contiene en sí todas estas características que luego se convierten en las características del cuerpo místico. Por esta razón, María, como dice el mismo Jesús, se convierte en la madre del cuerpo místico y, por lo tanto, en María de la gracia, porque Jesús le da el poder de dispensar todas las gracias y porque con su amor maternal lo obtiene todo de él. Por eso María repite a menudo, incluso en sus apariciones a Pierina, que es la madre del amor, que trae el amor a la tierra, que desea que los hombres se reconcilien con Dios y se abran a la gracia. La Virgen María, por tanto, como también dice Jesús, se presenta una vez más como mediadora.

María misma añade que la gracia del Señor y su infinita misericordia para la Iglesia harán florecer de nuevo la Rosa Mística, es decir, el bello rostro de la Iglesia. Aquí también, el tema de la belleza, muy desarrollado en las apariciones de Montichiari y se vincula a la Inmaculada Concepción, que es la criatura enteramente bella, enteramente santa, enteramente pura, y que se convierte en la imagen de la santidad, la belleza, la virginidad y la pureza de la Iglesia. María es madre y, por eso, con su maternidad y su ternura, invita a todos a la reconciliación y a la conversión con Dios. Por eso, precisamente de esta belleza de María, de su poder suplicante, podemos obtener intercesión para volver a Dios, vivir en la Iglesia y hacer que la Iglesia florezca de nuevo en toda su belleza. María, de hecho, dice: «Montichiari será el lugar donde la rosa mística arraigará en todo el mundo y llamará a la humanidad a un momento renovado de fe y amor»..

## 2. Inmaculada Concepción

Todos conocemos el dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado por Pío IX el 8 de diciembre de 1854 en la Basílica de San Pedro. Este dogma definió como una realidad de fe el hecho de que María fue redimida en el primer instante de su concepción, en vista de los méritos futuros de Cristo y también de su futuro papel como Madre de Dios. En referencia a la teología de la rosa mística que acabamos de presentar, podemos decir que a esta esencia dominada por la gracia y sublimada por la gracia divina corresponde el título de Inmaculada Concepción que María expresamente expresa en las Mariofanías de Montichiari. Ahora, esta naturaleza particular suya se convierte en un modelo para la Iglesia, como también afirma Stefano De Fiores.

Si la imagen del Dios invisible resplandece en todos los redimidos, basada en la creación y la redención, esto se realiza de manera particular y evidente en la Inmaculada María, «sublimemente redimida» (*Ineffabilis Deus*). Por lo tanto, al aplicarle el plan divino revelado en Romanos 8:28-30, debemos afirmar que el Padre ha impreso en la Inmaculada los rasgos de Cristo, «icono del Dios invisible» (Colosenses 1:15), es decir, «el esplendor de la imagen divina». A esta predestinación le siguen los otros tres eslabones de la cadena de oro del plan de salvación: la llamada a la fe, la justificación por gracia, que incluye el perdón de los pecados y la participación en la filiación divina, y finalmente la glorificación en la vida eterna. Y todo esto se realiza sublimemente en María: modelo de fe, preservada por gracia del pecado y elevada a la condición de hija amada del Padre, y finalmente glorificada en cuerpo y alma en el cielo. Este enfoque bíblico ya nos ayuda a superar el aislamiento en el que se coloca María al insistir en el «privilegio» de su inmaculada concepción. En realidad, lo que sucede en la Inmaculada Concepción sucede esencialmente (aunque de diferentes maneras) en cada cristiano, conformado por el Redentor a la imagen divina. María nos revela así «de manera sublime» nuestra identidad cristiana y la obra de la gracia de Cristo en nosotros.

Este enfoque esencialmente cristológico se vuelve también eclesiológico, al situar a María Inmaculada dentro, o mejor dicho, en el centro, de hecho, del plan divino de salvación para la humanidad. La bula papal *Ineffabilis Deus* de Pío IX define a la Inmaculada Concepción como una criatura llena de inocencia y santidad, «siempre adornada con el resplandor de la santidad más perfecta». El Concilio Vaticano II siguió precisamente esta línea, presentando a la Inmaculada Concepción no solo como «libre de toda mancha de pecado», sino también «formada por el Espíritu Santo como una criatura nueva, adornada desde el primer instante de su concepción con los esplendores de una santidad del todo singular» (LG 56).

María, toda santa e inmaculada, representa, por tanto, el icono más perfecto de la santa Iglesia.

Y aquí podemos releer en sentido eclesiológico el icono bíblico de Génesis 3:15, llamado con razón protoevangelio porque anuncia la venida del Redentor, que es también uno de los pasajes bíblicos fundamentales para la teología de la Inmaculada Concepción, como también nos dice Pío IX. En este pasaje, encontramos que Dios anuncia la venida de Cristo a través de la mujer, eterna enemiga de la serpiente por ser Inmaculada, de quien nacerá aquel que le aplastará la cabeza y que, por lo tanto, triunfará sobre el diablo, el mal y la muerte.

Es interesante notar que la profecía solo podía referirse al Redentor, pero Dios inserta la figura de esta mujer, como lo hace en otras profecías mesiánicas. El papel de María es, por lo tanto, importante y central, pues participa no solo como instrumento, como también afirma el Concilio Vaticano II, sino como persona y como mujer en toda la plenitud de su autonomía de decisión y dedicación personal. María Inmaculada es, por lo tanto, la madre del Redentor, es decir, el misterio de la Inmaculada Concepción, y por ende de la gracia que la dota hasta tal punto que se la define como enemiga del diablo porque no está ni por un instante bajo su dominio, es el requisito esencial que define su participación en el plan de salvación de Dios. Precisamente por su santidad y su belleza, la Inmaculada Concepción fue elegida para ser la madre del Verbo. De hecho, en la iconografía más antigua, la Inmaculada Concepción siempre está representada con el Niño Jesús sosteniendo un bastón en forma de cruz con el que aplasta la cabeza de la serpiente. María Inmaculada participa entonces en la victoria de Cristo sobre el diablo, como veremos también en *Apocalipsis* 12:1, donde encontramos a esta mujer vestida de sol porque fue asunta al cielo, por lo tanto ya en gloria, participando de nuevo en la lucha con la descendencia de Dios. Así, María es Madre de la Iglesia desde el momento de su Inmaculada Concepción, porque desempeña un papel fundamental en el plan de salvación de Dios como madre del Redentor y, por lo tanto, como madre de la Iglesia.

El Papa Benedicto XVI, en su *Ángelus* del 8 de diciembre, escribe:

Cada año, el 8 de diciembre, la Iglesia celebra solemnemente la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Ya en el siglo II, San Ireneo aclamó a María como la «Nueva Eva». Este fue el primer anticipo del dogma de la Inmaculada Concepción, que el Papa Pío IX definiría solemnemente en 1854 con estas palabras: «La Virgen María, en el primer instante de su concepción, fue, por gracia y privilegio de Dios todopoderoso, en vista de los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano, preservada e inmaculada de toda mancha de pecado original: esta doctrina es revelada por Dios y, en consecuencia, debe ser firme e inviolablemente creída por todos los fieles». En efecto, Madre de la nueva humanidad, María fue creada por Dios «llena de gracias». En su persona, la victoria de Cristo sobre Satanás es completa: es por una gracia que ya emanaba de la muerte y los méritos de su Hijo, que María fue preservada de toda mancha. Con esto, Dios también quiso preparar para su Hijo una morada digna de él. María es la imagen anticipada de la Iglesia: en ella, Dios «prefiguró a la Iglesia, la esposa sin arrugas, sin mancha, resplandeciente de hermosura» (cf. Prefacio del día), «santa e inmaculada» (Ef 5,27). En ella, la Iglesia admira y exalta el fruto de la Redención y, como en una imagen purísima, contempla con gozo lo que ella misma desea y espera ser plenamente. María aparece así como la personificación del pueblo de Dios.

Tras la Caída, Dios no abandonó al hombre sin esperanza; más bien, le prometió un Salvador que vendría a reunir a la humanidad destrozada por el pecado. Es en María donde Él realizará el ideal de esta humanidad salvada. El culto a María, por tanto, está vitalmente injertado en la celebración de los misterios de Cristo; por ello, María no es venerada por sí misma, sino en relación con Cristo y la Iglesia. Sin embargo, se le debe una devoción singular: es la más santa y humilde de las criaturas, la más poderosa ante Dios y la madre común de todos los hombres, miembros del Cuerpo del cual Jesús es la Cabeza. Por esta razón, San Bernardo nos exhorta a invocar a María en todo peligro, dolor y temor, y a tener siempre su nombre en nuestros labios y en nuestro corazón. Pero también nos advierte que, para obtener la ayuda de sus oraciones, debemos seguir el ejemplo de su vida. Para ayudarnos a comprender mejor el papel de María, la Iglesia nos recuerda, en la primera lectura, el pecado de Adán y Eva y la promesa de Dios (Protoevangelio): los descendientes de la mujer triunfarán sobre el mal aplastando la cabeza de la serpiente. La Iglesia siempre ha visto a esta mujer como María, la Madre del Salvador y Madre nuestra. Jesús nos la entregó como Madre al pie de la Cruz.

La segunda lectura revela que si Dios eligió a María desde la eternidad para ser preservada de todo pecado, también nos elige a nosotros para ser salvados por Cristo. Pablo nos invita entonces a la bendición de Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, es decir, a la eterna acción de gracias. En el texto evangélico, admiramos la dulzura de María, su timidez ante el ángel, pero también su docilidad a Dios. Su "sí" a Dios es para toda la vida. Ella es el modelo de fidelidad por excelencia: todos debemos mirarla e imitarla para dar sentido a nuestras vidas. La clave de su éxito es la obediencia en la fe. Lejos de ser una obligación forzada y una sumisión pasiva (de esclavitud), la obediencia en la fe es una adhesión libre al plan de Dios y una manifestación de amor. Para nosotros, en realidad, significa estar atentos a la palabra de Dios en todo momento y acogerla con todo el corazón, incluso si perturba nuestros planes.

«Llena de gracia», tú, María, estás llena de amor divino desde el primer instante de tu existencia, providencialmente predestinada a ser la Madre del Redentor e íntimamente asociada a Él en el misterio de la salvación. En tu Inmaculada Concepción resplandece la vocación de los discípulos de Cristo, llamados a ser, con su gracia, santos e inmaculados en el amor (cf. Ef 1,4). En ti resplandece la dignidad de todo ser humano, siempre precioso a los ojos del Creador. Quien te mira, oh Santísima Madre, no pierde la serenidad, por duras que sean las pruebas de la vida. Aunque la experiencia del pecado, que desfigura la dignidad de los hijos de Dios, sea triste, quienes recurren a ti redescubren la belleza de la verdad y el amor, y redescubren el camino que conduce a la casa del Padre.

«Llena de gracia», eres tú, María, quien, al aceptar con tu «sí» los designios del Creador, nos abrió el camino a la salvación. Enséñanos, en tu escuela, a pronunciar también nuestro propio «sí» a la voluntad del Señor. Un «sí» que se une al tuyo, sin reservas ni vacilaciones, que el Padre celestial quiso necesario para generar al Hombre nuevo, Cristo, único Salvador del mundo y de la historia. Danos la valentía de decir «no» a los engaños del poder, el dinero y el placer; a la ganancia deshonestas, a la corrupción y la hipocresía, al egoísmo y la violencia. «No» al Maligno, el príncipe engañoso de este mundo. «Sí» a Cristo, que destruye el poder del mal con la omnipotencia del amor. Sabemos que solo los corazones convertidos al Amor que es Dios pueden construir un futuro mejor para todos.

¡«Llena de gracia», eres tú, María! Tu nombre es prenda de esperanza segura para todas las generaciones. ¡Sí! Porque, como escribe el gran poeta Dante, para nosotros, los mortales, eres «una fuente viva de esperanza» (Par., XXXIII, 12). A esta fuente, al manantial de tu Inmaculado Corazón, acudimos una vez más como peregrinos confiados para encontrar fe y consuelo, alegría y amor, seguridad y paz.

J. Ratzinger, todavía simple teólogo, escribió:

La Iglesia crece desde dentro: esto es lo que nos dice la expresión "cuerpo de Cristo"; sin embargo, también implica inmediatamente este otro elemento: Cristo se ha construido un cuerpo; si deseo encontrarlo y hacerlo mío, estoy llamado a formar parte de él como humilde miembro, pero plenamente, al haberme convertido en miembro, en un órgano en este mundo y, por consiguiente, para la eternidad. La idea teológica liberal de que Jesús es interesante, mientras que la Iglesia es una realidad insignificante, es completamente diferente de esta constatación. Cristo se entrega solo en su cuerpo y nunca en un mero ideal. Esto significa: se entrega junto con otros, en la comunión ininterrumpida que abarca el tiempo, que es su cuerpo.<sup>7</sup>

María es un *typos* de la Iglesia porque es llamada por Dios a convertirse en *Theotokos* y por tanto estar unida de modo único y singular a su vida y a su plan de salvación.

Para Ch. Journet, por lo tanto, la Iglesia se siente atraída por la Virgen, sin poder jamás identificarse con ella. En María, por lo tanto, la gracia colectiva de toda la Iglesia se condensa e intensifica. En la Iglesia, María es más Madre que la Iglesia, más Esposa que la Iglesia, más Virgen que la Iglesia.

Journet anticipa, en cierto modo, la teología expresada por el Concilio, que dedica el capítulo final de la Constitución *Lumen Gentium* a la reflexión sobre la figura de la Santísima Virgen María: la mariología es, en efecto, distinta, pero no separada de la eclesiología.

El capítulo final de la Constitución sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II, sin pretender proponer una doctrina completa sobre la Santísima Virgen, recuerda su papel en el misterio de Cristo y de la Iglesia: su presencia en el Antiguo Testamento como Madre del Mesías esperado, su maternidad virginal, su Inmaculada Concepción y su Asunción al cielo. Por su papel en el drama de la Redención del mundo, se convirtió en nuestra Madre según el orden de la gracia y continúa intercediendo por nosotros en el cielo como Abogada, Auxiliadora, Socorro y Mediadora. Ella es la primicia de la Iglesia futura y el signo de esperanza para la presente.

Benedicto XVI, en su Ángelus del 8 de diciembre de 2005, afirmó:

Hace cuarenta años, el 8 de diciembre de 1965, en la plaza de esta Basílica de San Pedro, el Papa Pablo VI clausuró solemnemente el Concilio Vaticano II. Este se inauguró, por deseo de Juan XXIII, el 11 de octubre de 1962, entonces festividad de la Maternidad de María, y concluyó el día de la Inmaculada Concepción. Un marco mariano rodea el Concilio.

En realidad, es mucho más que un marco: es una guía para todo su recorrido. Nos remite, como remitió entonces a los Padres Conciliares, a la imagen de la Virgen que escucha, que vive en la Palabra de Dios, que atesora en su corazón las palabras que le llegan de Dios y, uniéndolas como en un mosaico, aprende a comprenderlas (cf. Lc 2,19.51); nos remite

a la gran creyente que, llena de confianza, se pone en las manos de Dios, abandonándose a su voluntad; nos recuerda a la Madre humilde que, cuando la misión de su Hijo lo requiere, se hace a un lado y, al mismo tiempo, a la mujer valiente que, mientras los discípulos huyen, permanece bajo la cruz. Pablo VI, en su discurso con ocasión de la promulgación de la Constitución conciliar sobre la Iglesia, había descrito a María como "*tutrix huius Concilii*" – "protectora de este Concilio" (cf. *Oecumenicum Concilium Vaticanum II, Constitutiones Decreta Declarationes*, Ciudad del Vaticano 1966, p. 983) y, con una inequívoca alusión al relato de Pentecostés transmitido por Lucas (Hch 1, 12-14), había dicho que los Padres se habían reunido en el aula del Concilio "*cum Maria, Matre Iesu*" y, también en su nombre, ahora la abandonarían (p. 985).

Guardo un recuerdo imborrable del momento en que, al escuchar sus palabras: «*Mariam Sanctissimam declaramus Matrem Ecclesiae*» («declaramos a María Santísima Madre de la Iglesia»), los Padres saltaron espontáneamente de sus sillas y aplaudieron, rindiendo homenaje a la Madre de Dios, nuestra Madre, la Madre de la Iglesia. De hecho, con este título el Papa resumió la doctrina mariana del Concilio y proporcionó la clave para comprenderla. María no solo tiene una relación única con Cristo, el Hijo de Dios que, como hombre, quiso ser su hijo. Al estar totalmente unida a Cristo, también nos pertenece totalmente. Sí, podemos decir que María está cerca de nosotros como ningún otro ser humano, porque Cristo es un hombre para la humanidad y todo su ser es un «estar ahí para nosotros». Cristo, dicen los Padres, como Cabeza es inseparable de su Cuerpo, que es la Iglesia, formando con ella, por así decirlo, una sola entidad viviente. La Madre de la Cabeza es también la Madre de toda la Iglesia; ella está, por así decirlo, totalmente expropiada de sí misma; se ha entregado enteramente a Cristo y, con Él, se nos entrega como don a todos. De hecho, cuanto más se da la persona humana, más se encuentra a sí misma.

El Concilio quiso decirnos esto: María está tan entrelazada con el gran misterio de la Iglesia que ella y la Iglesia son inseparables, como ella y Cristo son inseparables. María refleja a la Iglesia, la anticipa en su persona y, en medio de toda la turbulencia que aflige a la Iglesia sufriente y en lucha, siempre permanece como su estrella de salvación. Ella es su verdadero centro, en el que confiamos, incluso si su periferia a menudo pesa sobre nuestras almas. El Papa Pablo VI, en el contexto de la promulgación de la Constitución sobre la Iglesia, destacó todo esto con un nuevo título profundamente enraizado en la Tradición, precisamente con el objetivo de iluminar la estructura interna de la enseñanza sobre la Iglesia desarrollada por el Concilio. El Vaticano II se expresaría sobre los componentes institucionales de la Iglesia: sobre los obispos y el Pontífice, sobre los sacerdotes, los laicos y los religiosos en su comunión y relaciones; se trataba de describir a la Iglesia en camino, «acogedora en su seno de los pecadores, a la vez santa y siempre necesitada de purificación...» (*Lumen Gentium*, 8). Pero este aspecto «petrino» de la Iglesia está incluido en el «mariano». En María, la Inmaculada Concepción, encontramos la esencia de la Iglesia sin distorsión alguna. De ella debemos aprender a convertirnos en «almas eclesiales», como lo expresaron los Padres, para que también nosotros, en palabras de San Pablo, podamos presentarnos «inmaculados» ante el Señor, como Él nos quiso desde el principio (*Col 1,21; Ef 1,4*).

### 3. María de gracia

Para comprender la expresión «María de la gracia», es necesario profundizar en el significado del término «gracia» y su genitivo, de lo contrario, la expresión podría interpretarse como si la Virgen María fuera un elemento constitutivo de la gracia o perteneciera a ella en sentido ontológico.

El término «gracia», según el *Catecismo de la Iglesia Católica*, indica el favor o la asistencia gratuita de Dios para llegar a ser sus hijos, participantes de la naturaleza divina y de la vida eterna<sup>8</sup>. Específicamente, afirma:

La gracia es una *participación en la vida de Dios*; nos introduce en la intimidad de la vida trinitaria. Por el Bautismo, el cristiano participa de la gracia de Cristo, Cabeza de su Cuerpo. Como «hijo adoptivo», ahora puede llamar a Dios «Padre», en unión con el Hijo unigénito. Recibe la vida del Espíritu que le infunde caridad y forma la Iglesia.

Esta vocación a la vida eterna es *sobrenatural*. Depende enteramente de la libre iniciativa de Dios, pues solo él puede revelarse y entregarse. Supera la capacidad de la inteligencia y la fuerza de la voluntad del hombre, como de toda criatura. La gracia de Cristo es el don gratuito que Dios nos da de su vida, infundida en nuestra alma por el Espíritu Santo para sanarla del pecado y santificarla. Es la gracia *santificadora o deificante* recibida en el Bautismo.

Es la fuente de la obra de santificación en nosotros: «Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación; lo viejo pasó; he aquí, es hecho nuevo. Pero todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo» (*2 Cor 5,17-18*)<sup>1</sup>.

A. Royo Marin, en su libro, *Teología della perfezione cristiana*, confirma esta definición, enfatizando que, en teología espiritual, la gracia puede definirse como una cualidad sobrenatural inherente a nuestra alma, que nos confiere una

---

<sup>1</sup> CCC 1997-1999.

participación física y formal —aunque análoga y accidental— en la naturaleza de Dios como propia, nos eleva en cierta manera a su plan y nos deifica mediante una participación formal en su naturaleza divina. Los efectos de la gracia santificante son la filiación adoptiva divina, la vida sobrenatural y la connaturalidad con Dios, lo que nos hace justos y agradables a Dios, nos otorga la capacidad de merecer sobrenaturalmente, nos une íntimamente a Dios y nos transforma en templos vivos de la Santísima Trinidad.<sup>10</sup>

A nivel mariológico, la teología de la gracia se centra en la persona de María, como llena de gracia y mediadora de la gracia, como leemos en el Nuevo Testamento y en toda la literatura mariológica católica. También en *Lumen Gentium* 53 el Concilio Vaticano II reitera que: «ella está investida del sumo oficio y dignidad de Madre del Hijo, y por tanto hija predilecta del Padre y templo del Espíritu Santo, y por este don de eximia gracia precede con mucho a todas las demás criaturas, celestiales y terrenas».

Así, la relación de la Virgen María con Dios indica una relación especial con la gracia, entendida como una relación con Dios y una connaturalidad que nos hace agradables a Él y santos. María es, de hecho, receptora de un don de primer orden, al ser la hija amada del Padre, elegida por Él para el plan de la maternidad divina, en vista de la Encarnación del Verbo, del cual se convierte en madre, y esta operación es posible gracias al Espíritu Santo, que viene a morar en ella como en un templo. La Virgen María es, por tanto, una criatura totalmente dependiente de Dios, sin excluir su libertad ni su autonomía humana, pero sabemos que, desde el primer instante de su concepción, fue santificada por Él, hasta el punto de aparecer totalmente santa, «como modelada por el Espíritu y hecha una nueva criatura»<sup>11</sup>, como también han atestiguado exegetas y teólogos a lo largo de los siglos. San Ambrosio de Milán, por ejemplo, afirma que «Solo Ella es llamada 'llena de gracia', porque solo ella recibió la gracia, no merecida por nadie más, de estar llena de Aquel que es el autor de la gracia»<sup>12</sup>. Y San Cirilo de Alejandría se dirige a María con estas palabras: «Salve, oh Madre de Dios, por ti ha entrado al mundo la gracia inefable»<sup>13</sup>. Como puede verse, la Virgen María demuestra el poder de la gracia en el mundo mediante su maternidad divina. Al estar completamente impregnada de la gracia divina, permite que esta entre en el mundo. Por lo tanto, es legítimo decir que está llena de gracia, o incluso que está casi moldeada por la gracia, pues muestra una plenitud que toca su ser como persona, levándola a una relación única y singular con las tres Personas divinas que, incluso a nivel antropológico, demuestra un paradigma arquetípico increíble, como he podido explorar en algunas de mis publicaciones científicas.

En particular, cito a R. Laurentin, quien, en su *Breve trattato sulla Vergine Maria*, explica cómo la maternidad divina de María implica una relación especial con la gracia divina, que no solo la convierte en hija de Dios, sino también en su madre. Por lo tanto, al significado de la gracia como favor o ayuda divina, se añade el de una relación que permite una relación íntima con Dios, lo que, en este caso, corresponde a una influencia particular de Dios sobre María, también testimoniada por los Evangelios, debido a su vocación única y singular de ser llamada a ser Madre de Dios, lo que la convierte en fuente de gracia a nivel soteriológico y social<sup>14</sup>.

R. Laurentin afirma que «la maternidad divina, al igual que el carácter, no es una simple relación con Dios, sino que implica una realidad ontológica, estructura fundamentalmente la condición sobrenatural de María y requiere un desarrollo vital. La Virgen María, por efecto de la gracia, no solo es hija de Dios, como todo bautizado, sino también madre de Dios», y este hecho, aparentemente contradictorio, abre una relación paradójica y vertiginosa, pues la maternidad divina está implicada en la realización misma del misterio de la filiación divina. El mariólogo francés sostiene, de hecho, que «el carácter configura al bautizado con el Hijo de Dios por la gracia, con vistas a la divinización, mientras que la maternidad de María configura a Cristo con nuestra humanidad. El carácter nos integra en la raza de Dios, mientras que la maternidad divina integró a Dios en la raza humana, y esta humanización de Dios condiciona la divinización del hombre»<sup>15</sup>.

Así, la expresión «María de la gracia» indica la pertenencia de María a la gracia, no en un sentido constitutivo u ontológico, como si María fuera parte de la gracia, sino en un sentido relacional, a través de su singular unión con Dios.

La Virgen María indica la primacía de Dios en su vida, desde el primer instante de su concepción y, en particular, a través de su maternidad divina. María demuestra un estado particular de gracia porque, si bien es hija de Dios, también se convierte en su madre y, por lo tanto, colabora con Dios para configurar a Cristo a nuestra humanidad. Así, María de la gracia indica el carácter de su personalidad. Habiendo participado en la Encarnación del Verbo, dando la naturaleza humana a Cristo Jesús, nuestro salvador y mediador, está plenamente inserta, aunque a nivel de criatura, en el dinamismo de la gracia santificante que Jesús trajo a la tierra. Y este misterio la convierte en un icono de la gracia, un modelo de santidad a través de su relación con Dios, madre y mediadora de la gracia.

Aún más explícito es C. Adamantini, quien, en su obra titulada *Il Mistero di Maria*, describe el estado de gracia de la Virgen María, especialmente por su maternidad divina, como una relación íntima con el Dios Trino y como una

participación singular en su vida divina. Su pertenencia a la gracia indica la participación única de María en la obra de la Encarnación del Verbo y, en consecuencia, en la obra de la salvación iniciada con este acontecimiento histórico. María de la gracia indica esencialmente su vínculo especial con Cristo, a quien pertenece y a quien está unida como madre:

La gracia que María tuvo la fortuna de recibir de Dios, fuente también de su inconmensurable mérito, fue única e ilimitada en todos los aspectos. Aunque la gracia de la Virgen debe ser considerada también como *gratia Christi*, tiene sin embargo una formalidad muy diferente de la compartida con los demás hombres.

La gracia de María, de hecho, se sustenta en el vínculo natural con la santísima humanidad del Hijo de Dios y en sus méritos esenciales, no en los que adquirió posteriormente al cumplir la voluntad del Padre como hombre. Así como la humanidad asumida por el Verbo fue santificada directa y sustancialmente por la unión hipostática, también María fue santificada gracias a la proximidad natural que ella también adquirió, aunque no en el mismo grado, con el Verbo, sin necesidad de otras causas mayores. Dios la hizo infinitamente agradecida y aceptable a Sí mismo cuando, en Su mente y con un decreto eterno, la asoció a Su Hijo Unigénito hecho hombre con ese vínculo natural que es la expresión más viva del vínculo dentro de Su vida divina<sup>16</sup>.

#### 4. Madre de la Iglesia

Por esta razón, Pablo VI, al final del Concilio Vaticano II, proclamó a la Virgen María «Madre de la Iglesia». De hecho, afirmó: «Siendo madre de Aquel que, desde el primer instante de la Encarnación en su seno virginal, unió a Sí mismo como Cabeza su Cuerpo Místico, que es la Iglesia. María, por tanto, como madre de Cristo, es también madre de todos los fieles y de todos los pastores, es decir, de la Iglesia»<sup>17</sup>.

Finalmente, Juan Pablo II, en la encíclica mariana *Redemptoris Mater*, escribe:

La Iglesia sabe y enseña que «toda influencia salvífica de la Santísima Virgen sobre la humanidad... brota del beneplácito de Dios y fluye de la superabundancia de los méritos de Cristo, se funda en su mediación, depende absolutamente de ella y de ella extrae toda su eficacia; no impide en lo más mínimo el contacto inmediato de los creyentes con Cristo, más bien lo facilita». Esta influencia salvífica es sostenida por el Espíritu Santo, quien, así como cubrió con su sombra a la Virgen María, iniciando en ella la maternidad divina, así también sostiene continuamente su solicitud por los hermanos de su Hijo. En efecto, la mediación de María está estrechamente ligada a su maternidad, posee un carácter específicamente maternal, que la distingue de la de otras criaturas que, de maneras diversas y siempre subordinadas, participan en la mediación única de Cristo, mientras que la suya también sigue siendo una mediación compartida. En efecto, si «ninguna criatura puede jamás ser puesta a la altura del Verbo encarnado y redentor», al mismo tiempo «la mediación única del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas una cooperación variada, partícipe de una única fuente»; y así «la única bondad de Dios se difunde verdaderamente de modos diversos entre las criaturas». La enseñanza del Concilio Vaticano II presenta la verdad sobre la mediación de María como una participación en esta fuente única que es la mediación de Cristo mismo. De hecho, leemos: «La Iglesia no duda en reconocer abiertamente este papel subordinado de María, lo experimenta constantemente y lo recomienda al afecto de los fieles, para que, sostenidos por esta ayuda maternal, se unan más íntimamente al Mediador y Salvador». Este papel es, al mismo tiempo, especial y extraordinario. Brota de su maternidad divina y solo puede comprenderse y vivirse en la fe desde la plena verdad de esta maternidad. Siendo María, en virtud de la elección divina, Madre del Hijo, consustancial con el Padre y «compañera generosa» en la obra de la redención, «fue nuestra madre en el orden de la gracia». Este papel constituye una dimensión real de su presencia en el misterio salvífico de Cristo y de la Iglesia<sup>18</sup>.

Dicho esto, nos encontramos ante una afirmación original, que indica el estado de María como criatura enteramente revestida de gracia, llena de gracia, o incluso como la Inmaculada Concepción, como heraldo del nuevo orden de la creación divina, mediante la gracia, por la cual representa el retorno al estado original de la humanidad redimida por Cristo, su hijo. De su singular participación en el misterio cristológico surge su papel en la Iglesia, como Madre de la gracia y mediadora de la gracia.

Esta definición, como bien explica san Juan Pablo II, demuestra la capacidad de mediación de María, siempre secundaria y subordinada a la de Cristo, pero igualmente eficaz y deseada por Dios mismo al elegir a María como Madre del Redentor. La Rosa Mística, pues, implica también la mediación de María en la Iglesia y para la Iglesia.

Rosa Mística significa, como dijo Pablo VI en el *Signum magnum*, que

María es Madre de la Iglesia no solo por ser la Madre de Jesucristo y su socia más íntima en la nueva economía, cuando el Hijo de Dios asumió su naturaleza humana para liberar al hombre del pecado con los misterios de su carne (19), sino también porque brilla como modelo de virtud ante toda la comunidad de los elegidos (20). De hecho, así como toda madre humana no puede limitar su tarea a la generación de un nuevo hombre, sino que debe extenderla a las funciones de nutrición y educación de su prole, también lo hace la Santísima Virgen María. Tras haber participado en el sacrificio redentor de su Hijo, y de una manera tan íntima que merece ser proclamada por él madre no solo del discípulo Juan, sino —permítaseme afirmarlo— de la raza humana que él de alguna manera representa (21), Ella continúa ahora desde el cielo ejerciendo su función maternal como cooperadora en el nacimiento y desarrollo de la vida divina en las almas individuales de los hombres redimidos. Ésta es una verdad consoladísima, que por la libre voluntad del sapientísimo Dios forma parte integrante del misterio de la salvación humana; por tanto, debe ser sostenida por la fe por todos los cristianos.

María es la Rosa Mística, Madre de la Iglesia, como la sublime belleza de la santidad de la Iglesia a la que todos estamos llamados. Y ella lleva a cabo este plan con su protección maternal y su poderosa intercesión. Para ello pide oración, penitencia y purificación. Nos pide que volvamos a la fuente de la vida, que es la gracia. Ella misma, criatura de gracia, llena de gracia y Madre de gracia, nos muestra el camino y coopera con su mediación maternal para que podamos recuperar esta dimensión constitutiva de la vida cristiana y de toda la Iglesia. Pablo VI añade:

Pero ¿cómo coopera María al crecimiento de los miembros del Cuerpo Místico en la vida de la gracia? En primer lugar, mediante su oración incesante, inspirada por una caridad ferviente. La Santísima Virgen, de hecho, aunque se alegra con la visión de la augusta Trinidad, no olvida a sus hijos que, como ella, un día avanzan en la peregrinación de la fe (22); en efecto, contemplándolos en Dios y viendo bien sus necesidades, en comunión con Jesucristo siempre vivo para poder interceder por nosotros (23), se convierte en su Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora (24).

La Iglesia está persuadida de esta intercesión ininterrumpida suya ante el Hijo por el pueblo de Dios desde los primeros siglos, como lo atestigua esta antiquísima antífona, que, con algunas ligeras diferencias, forma parte de la oración litúrgica tanto en Oriente como en Occidente: Nos acogemos bajo la protección de tu misericordia, oh Madre de Dios; no rechaces nuestras súplicas en los momentos de necesidad, sino líbranos de la perdición, oh sola bendita (25).

En este punto, parece que Pablo VI hace suyo el mensaje de María en Montichiari, que invita a la oración y la penitencia, cuando afirma:

Un mensaje de suma utilidad parece llegar hoy a los fieles de aquella que es la Inmaculada, la Santísima, la cooperadora del Hijo en la obra de restaurar la vida sobrenatural en las almas (45). De hecho, al contemplar devotamente a María, encuentran en ella un estímulo para la oración confiada, un acicate para la práctica de la penitencia, un estímulo para el santo temor de Dios. Y es también en esta elevación mariana donde escuchan con mayor frecuencia las palabras con las que Jesucristo, anunciando la venida del reino de los cielos, dijo: Haced penitencia y creed en el Evangelio (46); y su severa advertencia: Si no hacéis penitencia, todos pereceréis igualmente (47). Impulsados, pues, por el amor y por el propósito de aplacar a Dios por las ofensas cometidas contra su santidad y su justicia, y animados al mismo tiempo por la confianza en su infinita misericordia, debemos soportar los sufrimientos del espíritu y del cuerpo, para expiar nuestros propios pecados y los del prójimo y evitar así el doble castigo: del daño y del sentido, es decir, la pérdida de Dios, sumo Bien, y del fuego eterno (48).

## Conclusion

Concluyo informando de otra importante invitación que Rosa Mística hace en Montichiari: regresar a Dios, a través de Ella, mediante la gracia, también a través de la fuente simbólica de la gracia del Bautismo y la purificación y santificación que traen los Sacramentos.

"¡Cuántos favores he otorgado durante este tiempo!... ¡Cuántas gracias se han distribuido! Ahora... y siempre... Pero el milagro más evidente será el regreso de mis hijos a la verdadera Fe, al verdadero Amor al Señor... a lo que seguirán la Unidad, la Paz... ¡en todo el mundo! Dile a tu Padre Espiritual que su presencia, sus palabras y sus consejos hacia ti son ahora mucho más necesarios". ... alzando la vista al cielo, dijo: "Invoco las bendiciones del Señor sobre él, sobre todos los hijos que se esfuerzan por hacerme amar y conocer, y que trabajan con valentía para cumplir mis deseos expresados; a todos, la promesa de mi amor maternal, junto con las gracias del Señor".

Sí, el mensaje teológico de Montichiari se resume en este deseo de hacernos amar, conocer y experimentar el misterio de Cristo que María, como su Madre y Madre nuestra, vino a traernos. Este es el núcleo de las apariciones de Montichiari y el significado teológico de los títulos que María presenta: Rosa Mística, Inmaculada, María de la Gracia y Madre de la Iglesia representan el desarrollo de la vida de María, que, de manera particular, desde el *Fiat* que pronunció al ángel Gabriel, selló su participación en la obra redentora de su Hijo, convirtiéndose en mediadora de la gracia y testigo del amor de Dios por toda criatura.